

Número 2.º

Marzo 31: 1905

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALLE 10
MCMV

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR

DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—
CIENCIAS — LITERATURA, &C.

Se publica un número de 64 páginas el día último de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 20 ...
Suscripción por año (adelantada)..... 180 ...
Número atrasado..... 30 ...

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.

Vol. I

NUMERO 2.º

MARZO : 1905

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

CÓMO SE GRADUÓ

(SOBRE TEMA PROPUESTO PARA UN CONCURSO LITERARIO EN EL
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO)

(Conclusión)

III

Me acuerdo de aquel día como si hubiera sido ayer. Subimos al salón de estudio, después de la recreación que seguía al almuerzo. Acababa de sentarme y de abrir el texto de Física, cuando se me acercó un Superior y me dijo al oído que el Sr. Rector me esperaba en su cuarto. Era la primera vez que me sucedía, y mi conciencia tenía mucho de qué acusarme. Fui, no muy tranquilo, á donde me llamaban. El Rector me recibió más afable que de costumbre, y me hizo sentar á su lado en un sofá.

— El Dr. X. me ha pedido permiso para que usted pase el día en su casa. Ha recibido noticias penosas de la familia de usted, y desea que conferencien juntos sobre lo que deba hacerse. Quizá llegue para usted el caso de poner en práctica lo que oyó en las pláticas del último retiro sobre la fortaleza cristiana.

Quise preguntar qué había sucedido, pero no me atreví, no por cortedad, sino porque no quería saber todavía la desgracia que me estaba amenazando. Me levanté, y el Rector, contra su costumbre, me alargó la mano y estrechó con cariño la mía.

Salí sin mudarme ropa, y llegué á la casa del doctor. Allí, delante de sus hijas, con paternales miramientos, con las inútiles precauciones acostumbradas, me dio al fin la tremenda nueva : ¡ mi padre había muerto !

La voz del Dr. X. temblaba al decírmelo, y al añadir algunas palabras de simpatía y consuelo; las niñas tenían los ojos llenos de lágrimas; sólo yo no lloré, sólo yo no tenía, al parecer, dolor alguno. Acababa de recibir un golpe que entorpeció, junto con el de la sensibilidad, el ejercicio de mis demás facultades. Después de un cuarto de hora de penoso silencio, pregunté detalles sobre mi desgracia. La muerte se supo inmediatamente por un telegrama, pero el doctor no quiso anunciármela antes de la llegada del correo, para no juntar con mi pena la incertidumbre sobre cómo hubieran sucedido las cosas. Me entregó una carta de mi hermano mayor, que me informó de todo.

La enfermedad había sido muy corta. Mi padre había recibido los últimos sacramentos con fervor, y había dictado sus postreras disposiciones con serenidad y lucidez de espíritu. En los últimos tiempos había emprendido negocios de exportación; las sumas obtenidas estaban depositadas en una casa suramericana de París, que acababa de suspender pagos. Se ignoraba aún la extensión del desastre, pero no sería imposible que estuviéramos totalmente arruinados. Yo debía venirme de Bogotá lo más pronto posible, tanto para consolar á mi madre como porque no era posible seguirme sosteniendo y pagando pensiones escolares en la capital.

Esta carta me dejó tan frío como la primera noticia. Por la noche no dormí un instante, pero no estaba inquieto, al contrario, en una paz y serenidad completas. Sólo me atormentaba la idea de que yo no estaba sintiendo la muerte de mi padre. Por la mañana, cuando al peinarme me miré al espejo, me asombré del estrago que aquel dolor latente había hecho en mi rostro.

Los preparativos de viaje se hicieron en dos días; y al tercero, víspera de mi viaje, fui al Colegio á recoger mis útiles y á despedirme del Rector. Elegí la hora de la tarde en que todos los alumnos se hallaban en estudio. Encontré ambas puertas de par en par, y el conserje había entrado á su cuarto. Estaba el claustro desierto y silencioso. Sólo las golondrinas

que abundaban en los aleros triscaban y revoloteaban en el patio. Mientras alguien parecía, me puse á dar lentamente la vuelta al claustro bajo. Al llegar al costado de la capilla, me provocó verla por última vez. Abrí la puertecilla que daba al pie del presbiterio, entré, volví á cerrarla sin ruido, y me arrodillé en la grada superior, apoyado en la baranda del comulgatorio, para rezarle una salve á la Virgen.

Entonces sentí que me quitaban un velo de los ojos del alma y me aliviaban del peso que me oprimía el corazón, y vi y palpé en toda su realidad mi horrendo infortunio. Se me presentó la dulce fisonomía de mi padre, sobre todo, al abrirme los brazos el día de mi llegada; mi pobre madre viuda, huérfanos mis hermanitos; sin jefe el hogar, desocupada la cabecera de la mesa, abandonado y solo el escritorio. El espectro de la miseria tocando á las puertas de mi casa; y mientras tanto yo había perdido el año, le había hecho gastar á mi pobre padre sumas considerables, sin provecho alguno. Yo era un ingrato, un mal hijo, un ladrón del pan de mis hermanos menores. En castigo de Dios, mi carrera quedaba truncada, y mis pobres ilusiones, el afecto purísimo á aquella criatura angelical, sacrificados para siempre. Y como lo sensible, lo presente impresiona más que aquello que no se ve, aunque lo primero sea de menor importancia, lo que me acongojaba más era despedirme del Colegio. Volví la cabeza para ver mi puesto en los escaños. Otro lo ocuparía al año siguiente, y se sentaría en mi lugar en el estudio y en el refectorio. Adiós, capilla; santa imagen de Nuestra Señora, retiros, paseos, fiestas del Colegio, compañeros y amigos del alma, adiós y para siempre!

Prorrumpí entonces en desconsolado y copiosísimo llanto. Y lloré sin intermisión por largo espacio, dejando empapado en lágrimas el mantel de lino que pendía de la barandilla del comulgatorio.

Oh! si la Bordadita quisiera socorrerme! Ella era mi Madre del cielo, todo lo puede con su intercesión. Pero, cómo? Se necesitaría un milagro, y Dios no hace milagros

sino en favor de los buenos, y no de un perdido, de un mal hijo. Si yo tuviera mucha fe, la que traslada los montes, tal vez. Pero no la tenía. Había yo rezado muchas veces, pero no había orado nunca; propósitos buenos no me habían faltado, pero no como el que hice entonces: cualquiera que fuese la suerte que me aguardara, cumpliría con mi deber, con la ayuda de Dios, sin que me detuviera ningún sacrificio, por doloroso que se pudiera suponer. La plegaria del corazón y la firme resolución que tomé me serenaron; enjuagué las últimas lágrimas y salí al claustro. Se estaba paseando en el patio, con un libro abierto en la mano, el colegial que vigilaba mi dormitorio. Me abrazó y me dijo alguna frase de pésame. Con él arreglé la entrega de mis útiles, y pasé á despedirme á la casa rectoral.

Hambre y sed de cariño, de lástima, sentía en mi espíritu. Acaso hallara una y otra cosa en el Rector. Me recibió sin ninguna muestra particular de afecto, pero con muchas consideraciones; casi, diría yo, con respeto. Dióme el pésame por la pérdida que yo había sufrido, hizo de mi padre un elogio que le agradecí, y añadió luégo:

—Usted es hombre, y comprende las responsabilidades que van á pesar sobre usted en lo sucesivo.

Entonces, en un arranque de sinceridad, propio de mi carácter, le expuse al Rector la tremenda situación en que me hallaba, me fui resbalando por ese camino y le dije mis pesares, y luégo, casi me confesé con él abriéndole el corazón y dejándole ver mis remordimientos. En suma: que le repetí, pero sin llorar, mucho de lo que había pensado media hora antes, á los pies de la Bordadita. De un solo pesar no le hablé: del que nacía de aquel sentimiento que tenía yo guardado en lo secreto de mi alma; tan bien guardado, que no lo sabían, no lo adivinaban siquiera, á pesar de mi genial franqueza, ni mis amigos más íntimos.

Toda aquella confesión se la iba haciendo al Rector, sin esperar de él cosa alguna; sólo por satisfacer la necesidad de expansión, tan apremiante para toda alma que padece

pero en especial para la mía. Hablaba yo con facilidad de expresión que nunca había tenido, tal vez hasta con elocuencia: no la de los libros, la aprendida, la artificial, sino la del corazón, la espontánea, la verdadera. Al concluir mi desahogo me preguntó el Rector, como si se tratara de la cosa más natural del mundo:

—¿Por qué no pide usted una beca para el año entrante?

—Porque he sido muy vagamundo, y desagradecido, y malo.

—Usted sabe que las becas se dan por oposición; entre los que las solicitan, se prefiere al que tenga mejores condiciones. De pedir nada se pierde. Y si usted logra interesar en su favor á la Bordadita.....

No me acuerdo si le di las gracias; creo que nó. Al salir me acompañó hasta la primera grada de la escalera; y respondió al último saludo que le hice al bajar el tramo superior, quitándose el bonete.

No os describiré mi llegada á casa, ni las tristezas que siguieron: esta relación tenía por objeto entretener á mis nietos, no afligirlos; y ya ha habido llanto en unos ojitos negros que yo sé. En los últimos días de Enero recibí un telegrama dirigido á mí. Abrílo en presencia de todos con alguna emoción.

—Es de Bogotá. Fecha de ayer:

“Saludámoslos afectuosamente. Beca conseguida. Vén-gase.

“Amigo, X.”

Aquel año obtuve el primer premio entre los oficiales, y fui excluido de presentar examen en álgebra; lo que significaba que, á juicio del catedrático, yo era el mejor discípulo de la clase. Pero no vine á vacaciones, sino que me concerté por dos meses en un almacén, ganando un sueldecillo que me alcanzaba para pagar la mesa en una fonda muy modesta, pero dirigida por gentes honorables y afectuosas.

En Marzo siguiente, principio del último año que yo había de pasar en el Rosario, me hallaba un sábado por la

noche reunido con cuatro de mis camaradas en el salón de estudio. Vestíamos uniforme, sin escudo, y no estábamos en nuestros pupitres estudiando, sino en pie, formando grupo junto á la plataforma del vigilante, á la sazón vacía, y hablando con animación, pero en voz baja. El resto de los estudiantes, también de traje de ceremonia, se hallaban dispersos en el claustro bajo, paseando y conversando. En los corredores altos los catedráticos, y varios señores de fuera estaban en la actitud del que aguarda el principio de una fiesta. Desde nuestro sitio alcanzábamos á ver el Aula Máxima, abierta de par en par y profusamente iluminada.

Tocaron la campana grande; se hizo un silencio profundo; alcanzamos á oír las pisadas de la comunidad al subir la escalera; después la campanilla del Rector, el rumor de la voz del Secretario. Se presentaron en la puerta del estudio dos caballeros jóvenes, que habían sido colegiales y recibido en años anteriores, en el Colegio, el grado de Doctor en Filosofía y Letras. Uno de los dos era mi catedrático de Retórica.

—El Sr. Rector nos ha conferido el honor de comisionarnos para conducir á ustedes.

Seguimos formados en pos de ellos, y llegamos á la puerta del Aula. La tengo delante de los ojos; veo la elegante arquería que la dividía en dos largas naves paralelas. En las paredes, las imágenes de los rectores, de cuerpo entero, con las ropas de su dignidad. A la derecha el solio, adornado con el retrato del Fundador; y á su sombra la cátedra rectoral, elevada varias gradas sobre el piso. El Rector, con la heca blanca cruzada sobre el pecho, tenía á sus lados al Vicerrector, y á los consiliarios. En sillas de madera tallada y formando semicírculo á los costados del solio, los catedráticos del Colegio. En la otra nave, los estudiantes en sus bancos; delante de ellos una fila de silletas para los caballeros invitados por nosotros.

Al vernos entrar, el Rector se descubrió la cabeza y se alzó de su asiento, y todos lo imitaron. Era el honor que

tributaba el Colegio á los que iban á ser, en breve, parte integrante de su sér. Saludámos, y nos postrámos de rodillas en la última grada de la cátedra. Uno de mis compañeros leyó en latín, con voz clara y solemne, la profesión de la fe. Al levantarnos, el Rector puso la mano sobre el libro de los Evangelios, encuadernado en terciopelo rojo, con labores de plata sobrepuestas, y nos preguntó:

“Juráis á Dios profesar la fe católica, obedecer la Constitución y leyes de la República, conservar nuestros venerados Estatutos, y enseñar, llegado el caso, la Filosofía según la mente del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino?”

Y todos cinco, instruidos de antemano en la significación y alcance de la promesa que se nos pedía, pensando en Dios que nos estaba oyendo, extendimos las manos derechas, y respondimos en coro: Si jufo.

Uno de mis colegas leyó un breve discurso de agradecimiento por la merced recibida, y al punto el Rector, después de darnos el parabién, nos entregó los diplomas de colegial de número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Nuestros padrinos nos pusieron el escudo, bordado sobre tela de plata; recibimos el abrazo del Rector, de los Superiores y de los demás colegiales, y fuimos á sentarnos en un enorme sofá, antiquísimo, de estilo imperio, que perteneció al Libertador Bolívar. Es el puesto de los hijos del Colegio en las reuniones de comunidad.

Volvió á sonar la campanilla para dar fin á la solemnidad; los estudiantes salieron en formación y los nuevos colegiales nos quedámos, para recibir las felicitaciones de nuestros parientes y amigos. El Doctor X. me recibió en los brazos, y me dijo que aceptara aquella demostración en nombre de la santa memoria de mi padre.

Ya en el claustro, un condiscípulo que sabía mis aventuras del primer día de Colegio, me dijo:

—Te felicito: ya no eres convictor.

—¿Sabes que lo siento mucho?

—¿Por qué?, hombre de Dios.

—Porque en el Rosario duele todo lo que se pierde, aunque se reemplace con otra cosa mejor.

Aquí, hijos míos, diré como los novelistas cursis: Han pasado varios años. Escena: en casa del Doctor X.; hora: las seis de la tarde; ocasión: una segunda comida en familia para celebrar un grado; no de instrucción suficiente, sino de doctor en una de las facultades universitarias de Bogotá. Por la mañana, después de comulgar en la capilla y desayunarme, con el Rector en la mesa traviesa, había presentado mi examen general; y el Ministro de Instrucción Pública me había conferido el anhelado título.

Fuimos á la mesa. Los comensales eran el Doctor X.; las dos hijas mayores con sus maridos, el hijo recién llegado de Alemania, Nenita, que ya no era una niña de catorce años, sino una alta y elegante señorita que hacía en la casa las veces de sus hermanas; los dos Rectores: el de la Facultad y el del Colegio del Rosario, invitados por el dueño de casa, con ánimo de obsequiarme á mí; y, por último, el nuevo Doctor, vuestro servidor afectísimo. Quedé en medio del Rector del Rosario y de la mayor de las señoras, y casi frente al dueño de la casa. A los postres sirvieron una copa de champaña. Me puse de pie con ella en la mano y brindé por el Doctor X., “que había sido para mí un segundo padre, y por su respetable familia, que me endulzó, en momentos aciagos las penas de la orfandad.” Ya iba á beber, cuando vi que el Doctor X. me miraba de cierto modo, y que pasó como un relámpago la sonrisita burlona por sus labios. Entendí, bajé la copa, y, después de brevísima pausa, agregué: “y por los dignos Rectores, á cuya acertada dirección debo haber corrido mi carrera.”

Al sentarme, el Rector del Rosario me dijo:

—Gracias, por mi parte. Pero al brindis le faltó todavía otra cosa.

—¿Cuál?, señor doctor.

—Usted ha mencionado á los que le ayudaron á graduarse, y ha olvidado á una personita que tiene más parte que los Rectores en el triunfo alcanzado.

—¿Cómo lo sabe usted?, le pregunté admirado. El, imitando el acento provincial de mi primer conocido de colegio, me respondió:

—Porque, aunque el Rector poco se mete con nosotros, nos sabe hasta los pensamientos.

—¿Eso también lo sabe usted?

—También. Me ha oído que poco simpatizo con la literatura que llaman psicológica, pero dentro de usted ha pasado un dramita, que, no por íntimo y casero, deja de ser interesante.

—Y esta noche estamos en el desenlace.

—Le falta una escena.

—No me ocurre cuál pueda ser.

—Piénsela. Me gustaría que fuera alguna que yo, como sacerdote, pudiera presenciar y bendecir.

Y con esto se acabó mi historia, y las niñas se van á dormir, porque ya es de noche.

La mayorcita, sin darse por entendida del mandato, preguntó:

—Y Nenita ¿qué se hizo?

—Pregúntaselo á tu abuelita.

Esta última, que había estado oyendo desde el principio, sin meter baza, inclinada sobre su labor, levantó la noble faz, en que aún quedaban muchas huellas de la antigua hermosura, y miró con intenso cariño á la nietecilla. Esta la contemplaba de hito en hito; de repente saltó sobre las rodillas de la anciana, y, abrazándola efusivamente, exclamó radiante de alegría, con acento respetuoso y conmovido:

—¡Madre abuela es Nenita!

Cuando pasó aquella borrasca, la más chiquitina de las nietas se fue acercando muy despacio, y, tirando á la abuelita de la falda, le preguntó:

—¿Todavía es sumerced tan sabia como cuando estaba en las monjas?

Claustro del Colegio

EN 1º DE MARZO DE 1905

PATRONO

EL SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

RECTOR HONORARIO

EL ILMO. SR. ARZOBISPO DE BOGOTÁ, PRIMADO DE COLOMBIA

El Sr. Ministro de Instrucción Pública

Es autorizado órgano de comunicación entre el Sr. Patrono y el Colegio.

Rector

El Sr. Dr. D. RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA, Presbítero, alumno del *Liceo de la Infancia* y del Seminario de Bogotá, colegial de este Colegio del Rosario, catedrático en él de Metafísica y Didáctica; doctor en Teología por privilegio pontificio; Canónigo de La Catedral Primada; Examinador sinodal y Censor eclesiástico del Arzobispado; profesor de Teología moral en el Seminario; ex-Ministro de Estado en el Despacho de Instrucción Pública, individuo correspondiente de la Real Academia Española, &c.

Vicerrector

El Sr. D. Jenaro Jiménez, Presbítero, alumno del Seminario de Bogotá, ex-Prefecto general del mismo, colegial de este Colegio Mayor, catedrático en él de Prosodia latina y Religión, &c.

Consiliarios

El Sr. Dr. D. JUAN DE LA CRUZ SANTAMARÍA, Doctor en Medicina, convictor de este Colegio, ex-Senador de la República, &c.

El Sr. Dr. D. JOSÉ IGNACIO TRUJILLO, convictor y Doctor en Jurisprudencia de este Colegio, ex-Ministro de Instrucción Pública, ex-Secretario general de la República

de Costarrica, ex-Ministro de la misma ante el Gobierno de Francia, Gobernador que fue del Departamento de Cundinamarca, &c.

El Sr. D. CARLOS UCRÓS, ex-Vicerrector del Colegio, catedrático de Religión, Inspector de los alumnos externos, &c.

Secretario interino

El Sr. D. LUIS FRANCISCO LUQUE, convictor del Colegio.

Síndico

El Sr. D. José Posada, colegial honorario, &c.

Catedráticos

D. ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, Senador de la República, ex-Secretario de la Legación colombiana en Madrid, ex-Ministro de Relaciones Exteriores, comendador de la Orden de Isabel la Católica, individuo correspondiente de la Real Academia Española y de la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid, catedrático de Historia de la Literatura Patria en este Colegio del Rosario.

Dr. D. GABRIEL ROSAS, convictor del Colegio, Doctor en Jurisprudencia, catedrático de Historia de la Filosofía, Procurador general de la Nación.

Dr. D. FRANCISCO DE PAULA BARRERA, colegial y Doctor en Filosofía y Letras de este Colegio del Rosario, ex-Representante al Congreso Nacional, ex-Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, ex-Vicerrector del Colegio de Colón, miembro de número de la Academia Nacional de Historia, catedrático de Lengua griega en el Colegio del Rosario.

Dr. D. JOSÉ DE LA CRUZ HERRERA, alumno y Doctor en Filosofía y Letras de este Colegio del Rosario, ex-Director del de Santo Tomás de Aquino, catedrático de Analogía griega.

El RECTOR es catedrático de Metafísica y Suprema de Latín.

El VICERRECTOR lo es de Prosodia latina.

El Sr. Consiliario D. CARLOS UCRÓS es catedrático de Religión.

Dr. D. LIBORIO ZERDA, convictor de este Colegio Mayor, Dr. en Medicina y Cirugía, ex-Rector y actual catedrático de la Facultad de Bogotá, individuo de número de la Academia de Medicina, correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid, ex-Ministro de Instrucción Pública, catedrático de Física en el Colegio del Rosario.

D. JOSÉ MIGUEL ROSALES, del Colegio Laffayette, en Easton, Pensilvania, colegial honorario de este Claustro, individuo de número de la Sociedad de Geografía, catedrático de Lengua inglesa.

Dr. D. LUIS MARÍA MORA, colegial y Doctor en Filosofía y Letras de este Colegio, Catedrático de Retórica y de Gramática latina.

Dr. D. JULIÁN RESTREPO HERNÁNDEZ, alumno y colegial honorario del Colegio, Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Facultad de Bogotá, Catedrático de Lógica y Antropología.

Dr. D. JOAQUÍN TOLEDO, colegial y Doctor en Filosofía y Letras; ex-Rector del Colegio de Barranquilla; ex-Secretario de Instrucción Pública de Boyacá; Catedrático de Castellano en este Colegio del Rosario.

Dr. D. ANTONIO OTERO HERRERA, colegial, Doctor en Filosofía y Letras, Catedrático de Castellano.

D. FRANCISCO JAVIER VERGARA Y VELASCO, alumno de este Colegio del Rosario, Profesor graduado en Ciencias Militares; General de División del Ejército de la República; miembro correspondiente de la Sociedad de Geografía y de la Sociedad Colombiana de Ingenieros de Bogotá, Catedrático de Historia y Geografía de Colombia.

D. VÍCTOR MALLARINO, ex-Rector del Colegio de Colón, actual Director de la Escuela de Comercio, Catedrático de Francés.

D. ALFREDO AZULA, alumno y Bachiller en Filosofía y Letras del Colegio de San Bartolome, Catedrático de Inglés.

D. FRANCISCO RENGIFO, alumno y Bachiller en Filosofía y Letras de este Colegio, Catedrático de Algebra.

D. MARIANO RENGIFO, alumno y Bachiller en Filosofía y Letras de este Colegio, Catedrático de Algebra y Geometría.

Dr. D. ALBERTO URIBE HOLGUÍN, alumno del Colegio, Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Facultad de Bogotá, Catedrático de Historia Antigua.

D. JUAN C. TRUJILLO, convictor de este Colegio, Consejero de Estado, ex-Magistrado del Tribunal de Cundinamarca, Catedrático de la Facultad de Derecho; Catedrático de Francés.

D. ANGEL MARÍA SÁENZ, colegial Bachiller en Filosofía y Letras y tercer Inspector de este Colegio Mayor, Catedrático de Aritmética é Historia Antigua.

D. NEPOMUCENO CORPAS, convictor, Bachiller en Filosofía y Letras, Catedrático de Aritmética.

D. ARTURO ACUÑA, colegial, Bachiller en Filosofía y Letras, Catedrático de Sintaxis latina.

D. RAFAEL ESCOBAR ROA, colegial, Bachiller en Filosofía y Letras, ex-Secretario del Colegio, Catedrático de Analogía Latina.

D. SILVANO CUÉLLAR, catedrático de Gimnasia y Calisténica.

Empleados de régimen interior

D. LUIS MARÍA LUQUE, Maestro graduado de escuela superior, Subdirector que fue del Colegio de Bernal y del de San Luis Gonzaga, Catedrático del Instituto Nacional de Artesanos, Prefecto general.

Bachiller D. ANGEL M. SÁENZ, colegial, primer Inspector.

Bachiller, D. IGNACIO RIVEROS, colegial, segundo Inspector.

D. ROBERTO CORTÁZAR, colegial, tercer Inspector.

D. POLIDORO GÓMEZ, primer Vigilante.

D. JESÚS TORRES, segundo Vigilante.



Doctores en Filosofía y Letras del Colegio

Dr. D. Enrique Monsalve.
 Dr. D. Francisco Vergara Barros.
 Dr. D. Luis María Mora.
 Dr. D. Pedro Vicente Beltrán.
 Dr. D. Francisco de Paula Barrera.
 Dr. D. Alfonso Villegas Arango.
 Dr. D. Luis Felipe Vergara.
 Dr. D. Eugenio González Mutis.
 Dr. D. Joaquín Toledo.
 Dr. D. Manuel Antonio Botero.
 Dr. D. Domingo Combariza.
 Dr. D. Marceliano Cárdenas.
 Dr. D. Samuel Ramírez.
 Dr. D. José de la Cruz Herrera.
 Dr. D. Francisco Valencia.
 Dr. D. Francisco de Paula Barbosa.
 Dr. D. Jorge Arturo Delgado
 Dr. D. Antonio Otero Herrera.

Colegiales actuales

El Sr. Rector.
 El Sr. Vicerrector.
 Sr. D. Angel María Sáenz.
 Sr. D. Rafael Escobar Roa.
 Sr. D. Ignacio Riveros.
 Sr. D. Arturo Acuña.
 Sr. D. José María Prado.
 Sr. D. José Gregorio Torres.
 Sr. D. Roberto Cortázar.
 Sr. D. José Darío Cleves.
 Sr. D. Víctor M. Lozano.
 Sr. D. Raúl Castilla.
 Sr. D. José Manuel Saavedra.
 Sr. D. Rafael Luque.

Oficiales

Barbosa Juan de Dios.	Madero Tobías.
Cepeda Angel María.	Moya Luis.
Cogollos Alejandro.	Parra Jesús Antonio.
Durán Joaquín Emilio.	Patiño Miguel.
Escallón Silvestre.	Reina Félix María.
Guerrero Luis Jorge.	Rosa Reginaldo.
Jiménez Manuel Vicente.	Rosas Adalberto.
Laverde Jorge.	Ruiz Peregrino.
López Tiberio.	Torres Alejandro.

Villegas Alfonso.

Hay, además, 115 convictores y 156 alumnos externos.

A UN JOVEN POETA

(ANTONIO J. CARO)

I

No se extingue la augusta dinastía
 Que al mundo intelectual americano
 Rige, empuñando con robusta mano
 El cetro de divina poesía.

En el edén brotó de Andalucía :
 Y saleroso hidalgo gaditano (1)
 Juntó á lo austero del vivir cristiano
 Donaire no igualado todavía.

Su hijo (2), en eterna noche sumergido,
 Ciego á los rayos de la luz febea,
 Por la lumbre del genio esclarecido,

La intacta herencia transmitir desea,
 Y exclama al expirar: "Tu padre he sido:
 Imposible que *siempre* no lo sea!"

(1) D. Francisco Javier Caro.

(2) D. Antonio José.